



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13373

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

SABADO 16 DE JUNIO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar-tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Política exterior

La entrevista de Guillermo II y Francisco José.—Comentarios de la prensa alemana ó italiana.—La galvanización de la triplece.

Después de la entrevista de los emperadores Guillermo II y Francisco José en Schonbrunn, la prensa oficiosa alemana, que antes de celebrarse este acto decía que se trataba de una sim-plice visita de cortesía en la que apenas entraba para nada la política, sin el menor escrúpulo ha cambiado de opi-nión y se esfuerza ahora en hacer creer á sus lectores que ha tenido tanta im-portancia la entrevista, que ha queda-do asegurada la paz por cierto número de años y de ella ha saído más viva que nunca la triple alianza.

La «Norddeutsche Allgemeine Zei-tung» y el «Berliner Tageblatt» son los diarios alemanes que se muestran más entusiastas. El último quiere ver en el cambio de telegramas entre los tres soberanos una manifestación política de extraordinaria importancia. «Aunque el imperio alemán—exclama—tenga escasos motivos para temer el aislamiento, se sabrá con gusto en todo el país que se mantendrá la triple alian-za. La triplece ha pasado felizmente la crisis de Algeciras y quizá de ello de-be hacérsele la mejor garantía para su duración.»

En cambio otros diarios expresan opiniones opuestas. La «Vossische Zei-tung» dice que la contestación del Rey de Italia al cordial telegrama de salu-tación de los dos emperadores está ex-puesto en un estilo anticuado y curia-toso, y por ese motivo fué recibido con frialdad por el pueblo alemán. El telegrama habla de amistad, pero no de alianza. Por este motivo el pueblo alemán no olvida Algeciras y espera actos de Italia para juzgar con arreglo á ellos.

El «Berliner Neuste Nachrichten» dice: «Con los telegramas cambiados entre los tres soberanos se consolida-

ron los lazos que unían á Berlín con Roma. Pero la situación creada por las manifestaciones de simpatía franco-italianas y por la conferencia de Algeciras no han cambiado radicalmente por ahora. La debilidad de la triplece, que se puso claramente de manifiesto entonces, no se borra de un plumazo, aunque se haya clareado algo la atmósfera.»

El importante diario milanés «Il Se-colo» comenta el actual estado de cosas de la triplece en los siguientes tér-minos:

«Italia no tiene ningún empeño en enturbiar las aguas de la política internacional; pero también tiene decidido empeño en sustraerse de la pesada, aburrida y costosa tutela de Ale-mania.

La triplece ha muerto en su espíritu antes que en su texto escrito, y si no hubiese muerto mal se comprenderían estas tentativas para galvanizarla.

Cuando un pacto se ha soldado y cuenta con el consentimiento unánime no solamente de los gobiernos á quienes interesa sino de los pueblos, no hay necesidad de andar por esos mundos cada quince días gritando: la alian-za existe, la alianza será mantenida, como sucede con la triplece.

Lo cierto es que la triplece, modifi-cada, existe realmente, pero únicamen-te en lo escrito. Y de esta suerte ¿qué importancia puede tener?

Probablemente el emperador Gui-lherme II habrá observado la pifia co-metida cuando mandó aquel telegrama de felicitación á Goluchowski, que en-volvía reprimenda indirecta para Ita-lia, después de la Conferencia de Algeciras, y habrá querido remediarla con el convenio de Schonbrunn y con el telegrama al rey de Italia; pero opi-namos que no ha logrado lo que se proponía.

Italia quiere conservar la amistad de Alemania, de Austria y de todos los pueblos del mundo, pero no quiere ser sierva de nadie. Por este motivo ha sabido dar con amistades más saluda-bles, duraderas y desinteresadas que las alianzas forzadas que desde hace

muchos años la ligan á los dos imperios del centro de Europa. Hacer retroce-der á Italia de la nueva vía que ha to-mado resueltamente es empresa impo-sible».

Todos los hechos vienen á confirmar que la última conferencia de los dos emperadores todo lo más habrá logra-do galvanizar la triplece.

Antología de poetas clásicos

D. Francisco de Quevedo

Nació en Madrid en 1580, de una familia ilustre cuyos miembros desem-peñaron en la corte elevados cargos.

En la Universidad de Alcalá estu-dió lenguas, llegando á poseer el la-tín, griego, hebreo, árabe, italiano y francés, dedicándose también á estu-dios escolásticos, teología, derecho, literatura, filología, física y medicina. Volvió á Madrid con vastísima eru-dición, y habiéndose batido en duelo y matado á su adversario, fugóse á Ita-lia, donde el duque de Osuna, su virrey, se interesó muchísimo por él, conlidiándole empleos importantes.

Envuelto en la desgracia en que cayó el duque, Quevedo fué confinado á sus tierras, desterrado luego, ab-suelto, y otra vez desterrado por haber exigido indemnización de los perjuicios que le irrogó aquel primer inmerecido castigo.

Durante su destierro en sus hacien-das de la La Torre, escribió la mayor parte de sus poesías, que firmaba con el nombre de Bachiller de la Torre, suponiendo ser éste un poeta del si-glo XV. En 1632 fué llamado otra vez á la corte y, nombrado secretario del Rey, casó con una dama de elevada alcurnia y enviudó á los pocos meses. En 1641 se le supuso autor de un li-belo contra el Estado y las costum-bres y fué arrestado en Madrid. Al cabo de cerca de dos años del más duro cautiverio se reconoció su ino-cencia y fué puesto en libertad; pero salió de su prisión enfermo y sin esperanzas de vida, y se fué á sus tie-rras, donde murió en 1645.

A pesar de lo mucho que se conser-va de Quevedo, gran parte de sus ma-nuscritos le fueron robados viviendo él todavía.

Quevedo es el gran satírico español y una de las principales figuras de la Edad de Oro de la literatura castella-na.

En el romance que hoy publicamos se revela bien la personalidad y estilo literario de Quevedo.

J. H. H.

ROMANCE SACRIFICIO

Pues me hacéis casamentero,
Angela de Mondragón,
escuchad de nuestro esposo
las grandezas y el valor.

Él es un médico honrado
por la gracia del Señor,
que tiene muy buenas letras
en el cambio y el bolsón.

Quien os lo pintó cobarde,
no lo conoce, y mintió,
que ha muerto más hombres vivos
que mató el Cid Campeador.

En entrando en una casa,
tiene tal reputación,
que luego dicen los niños:
«Dios perdona al que murió.»

Y con ser todos mortales
los médicos, pienso yo
que son todos veniales
comparados al doctor.

Al caminante en los pueblos
se le pide información,
temiéndole más que á peste,
de si le conoce, ó no.

De médicos semejantes
hace el Rey nuestro Señor
bombardas á sus castillos;
mosquetes á su escuadrón.

Si á ¡Juno cura, y no muere,
piensa que resucitó;
y por milagro le ofrece
la mortaja y el cordón.

Si acaso estando en su casa
oye dar algún clamor,
tomando papel y tinta
escribe: «ante mi pasó.»

No se le ha muerto ninguno
de los que cura hasta hoy,
porque antes que se mueran
los mata sin confesión.

De envidia de los verdugos
maldice al Corregidor,
que sobre los ahorcados
no le quiere dar pensión.

Piensen que es la muerte algunos,
otros, viendo su rigor,
le llaman el día del juicio,
pues es total perdición.

No come por engordar,
ni por el dulce sabor;
sino por matar la hambre,
que es matar su inclinación.

Por matar mata las luces;
y sino, le alumbró el sol,
como murciélago vivo
á la sombra de un rincón.

Su mula, aunque no está muerta,
no penseis que se escapó:
que está malada de suerte
que le viene á ser peor.

El que le ve tan famoso,
y en tan buena estimación
atento á vuestra belleza,
se ha enamorado de vos.

No pide le deis más dote
de ver que matéis de amor;
que en matando de algún modo,
para en uno sois los dos.

Casados con él, y jamás
viuela tendréis pasión;
que nunca la misma muerte
se oye decir que murió.

Si lo hacéis, á Dios le ruego
que os gocéis con bendición,
pero si no, que nos libre
de conocer al doctor.

Francisco de Quevedo.

Españoles y Americanos

Una fiesta en el «Buenos Aires»

Lazos de afectos.

Al desvincularse de los dominios de España, allá por esos mares, esas gran-des extensiones de tierras descubier-tas por Cristóbal Colón, bajo el patro-cinio de aquella alma noble, fuerte y luminosa que ostentó el nombre de Isabel la Católica, no todos los lazos que nos unieran quedaron rotos. Algu-nos subsisten, como son los del afecto nacido por la identidad de raza, de idioma y de creencias, y han de sub-sistir eternamente.

Y se comprende. La historia de América es nuestra historia; la sangre española circula por las venas de los americanos, y los vicios y virtudes de nuestra raza están vinculados en la de ellos. Poned en contacto á unos y otros, á los hispanos y á los hijos del Sol, y la simpatía, la fraternidad y el cariño, esos indisolubles lazos mora-les mil veces más fuertes que los más fuertes hierros, surgirá como cosa ma-

EL AHORCADO

54

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

55

55

EL AHORCADO

preguntó con visib e des-confianza si era á él qui n debía entregar el dinero.

Polikoy quiso tomarse; pero no lo consiguió, y sólo le dejó á «entrarse con su tris e sonrisa.

El dinero oyó y releyó la carta, y acabó por entregarle la suma. Polikoy se la guardó en el pecho y se volvió á la posada. Ni la tonda ni la taberna lograron tentarle.

Sentía en todo su ser una fiebre deliciosa. Detrás de muchas veces ante los a mocos, donde atrian la re-ción objeto os como botas, e flaves, gorros, indiatas de todos dibujos y multitud de cosas de comer. Parábase al f un momento, y luego se al-jaba con el corazón lleno de gozo.

Puedo comprar todas esas cosas, pero no lo haré.

Fuese al mercado á adquirir lo que le habían encarga-do, cogió todos los objetos, y se puso á ajustar una peñi-za, por la que le pedían veinticinco rublos.

El comerciante, mirando á Polikoy, dudaba mucho que pudiese hacer aquella compra; pero Polik y le enseñó el pecho, le dijo que si quería, podría comprar toda la tienda; y pidió que le probasen la pelliza.

La arugó, sopió el pelo, se impregnó de su olor, y acabó por quitársela suspirando.

ciase, no con miles, ni con cientos, pero ni aún con céntimos.

No lo creía así Titch Polikoy, y se engañaba sgrada-bilmente. «Mil quinientos rublos! Voy á llevar mil quinientos rublos iba pensando. Si yo quisiese, guiaría á «Tambor» en dirección á Odessa, en lugar de torcer hacia casa, y me iría á donde Dios me llevase. Pero no lo haré, sino que llevaré con toda fidelidad esa suma á la señora, como os sabido que he llevado otras mucho más considerables.»

Al pasar por delante de la taberna, «Tambor» empezó á tirar de la tienda izquierda; se detuvo y se volvió hacia aquel lado. Pero Polikoy, aunque llevaba el dinero que le habían entregado para los encargos que tenía que hacer en la ciudad, fatigó á «Tambor» y prosiguió su camino.

Lo mismo hizo al pasar por otra taberna. Hacía medio día bajó del camino, abrió la puerta cochera de la casa del comerciante, que hospedaba á toda la servidumbre de la señora, metió el carruaje, desenganchó, dió heno al caballo, comió con los dependientes del huésped, sin que se le olvidase referir la importante misión que llevaba, y se fué á casa del jardinero con la carta en el gorro.

Conoció aquél á Polikoy, y después de leer la carta, le

Polikoy que los comprase en la ciudad, á uno agujas, al otro, té, á ésta aceite, á aquél, tabaco, y á la mujer del ebanista, un poco de azúcar. Esta última había tenido tiempo de hacer cocer su samovar, y para ablandar á Titch, le llevaba en una jarra un brevaje que ella ama-ba té.

Nikito no quiso prestar su gorro, y hubo que remandar el de Polikoy, es decir, meter el algodón en rama que colgaba, y coser el agujero con una aguja de ensalmar.

Como Aniatk, trnsida de frío, apenas tenía fuerza para contener á «Tambor», Akulina fué á reemplazarla.

Finalmente, Polikoy, echándose encima toda la ropa de la familia, subió en el carro. Se tapó, arregló el hecho, se acomodó cocina, recogió las riendas, se apretó más con el freno de importancia, y partió.

Su hijo pequeño Miebka, saltó á las escaleras, y le pidió que le llevase un rato en el carro. Machka, que todavía no había claró, dijo que también ella «que la ir en co os», y «qui tenía ca ó ahora sin el abigo». Polikoy se freció á «Tambor», y se sonrió como sonrío los débiles. Akulina montó á los chicos, é inclinándose hacia Polikoy le dijo en voz baja que no olvidase su juramento, y que no bebiese gota en el camino.

Polikoy llevó á los chicos hasta la tienda del herrador,